

## **Las relaciones de Rusia con América Latina y el Caribe después del fin de la Guerra Fría: algunas observaciones**

Vladimir Rouvinski

### **Introducción**

Decir que las políticas rusas hacia América Latina es una de las evidencias más importantes a favor de la teoría de que el mundo vive una “Nueva Guerra Fría”, donde Rusia y Estados Unidos son los protagonistas claves, se volvió en un *cliché*.

Hace un poco más de dos décadas, el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Yevgeny Primakov, completó en 1996 su primera gira por los países latinoamericanos, anunció el interés de Moscú de regresar a la región después de su rápido abandono tras el colapso de la URSS, la mayoría de los observadores consideraron que se trataba de una mera declaración de buenas intenciones.

En la década de 1990, Rusia era percibida como un país que enfocaba sus esfuerzos en la búsqueda de un nuevo lugar en el sistema internacional. Para muchos analistas -tanto dentro como fuera del país- el alcance real de la política exterior rusa estaba limitado por su influencia en el “extranjero cercano”, es decir, en el área geográfica de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética.

Desde esta perspectiva, la intensificación de las interacciones de Moscú con los países del hemisferio occidental, a partir de los primeros años de la década de los dos mil, evidenciada por una amplia agenda de relaciones políticas, diplomáticas, económicas, culturales y por la colaboración técnica-militar, tomó a varios expertos y tomadores de decisiones por sorpresa. Las visitas frecuentes de los más altos funcionarios del Gobierno ruso a la región<sup>1</sup>, las declaraciones políticas conjuntas con los líderes de los gobiernos de la “marea rosa”, el fortalecimiento de la presencia diplomática a través de las embajadas y representaciones comerciales<sup>2</sup>, la llegada de empresas rusas –sobre todo, pertenecientes al sector energético<sup>3</sup>– y, finalmente, un avance importante en el intercambio comercial<sup>4</sup> y el comercio de armas<sup>5</sup>, era, sin lugar a dudas, algo muy real y que podía divisarse como un tendencia a largo plazo.

Después del fin de la “marea rosa” y la desaparición de los gobiernos que jugaron el rol de promotores de la influencia rusa en la región, la dinámica de las interacciones ruso-latinoamericanas ha decrecido. Sin embargo, el reconocimiento de la relevancia de Rusia para los escenarios que se desarrollan en esta parte del mundo no ha desaparecido.

La razón principal del interés con respecto a la incidencia rusa en América Latina y el Caribe, es el hecho que el análisis de la evolución de su compromiso con la región puede ser considerado como una de las claves para poder entender mejor múltiples aspectos, tanto del diseño de la agenda internacional como de su implementación por el Gobierno de Vladimir Putin en términos más amplios, que tienen incidencia no solo en América Latina, sino en sus relaciones con otras partes del mundo.

### **¿Retorno hacia el futuro?**

En primer lugar, es necesario destacar que sería equivocado describir la política actual de Moscú hacia América Latina y el Caribe como una nueva versión de las políticas soviéticas en el hemisferio occidental. Si bien, hoy en día, se puede referir a las relaciones entre Washington y Moscú como una Nueva Guerra Fría, debido a que tanto la Guerra Fría histórica como la actual, se caracterizan por una tensión permanente entre los dos países, los objetivos y las herramientas que usaba la Unión Soviética para el logro de estos objetivos eran muy distintos a las estrategias de la Rusia postsoviética. Por esta razón, antes de analizar los temas de las relaciones ruso-latinoamericanas contemporáneas y para poder diferenciar lo soviético y lo postsoviético de la manera más clara posible, es necesario describir brevemente la naturaleza del interés de la URSS hacia la región.

Para los altos funcionarios del Gobierno ruso y los políticos latinoamericanos del siglo XXI, ubicar el comienzo de las relaciones entre Rusia y Venezuela, Rusia y Argentina, Rusia y Brasil, Rusia y Chile entre otros, se volvió un elemento necesario de sus discursos oficiales.

Sin embargo, en el siglo XIX, mientras los jóvenes países latinoamericanos estuvieron estableciendo vínculos diplomáticos con el Imperio Ruso como una oportunidad de poder estar presentes en los escenarios internacionales, todavía dominados por las potencias europeas, la corona rusa tenía poco interés de incidir en una región geográficamente muy lejana y escasamente conocida. En este sentido, la primera apertura de América Latina y el Caribe para Rusia, ocurrió luego de la Revolución rusa de 1917 y está relacionada con las actividades de la Tercera Internacional que apoyaron los movimientos de la izquierda en el hemisferio occidental. La importancia de este período, para una mejor

comprensión de las dinámicas de las relaciones entre la región y la Unión Soviética, tiene que ver, por un lado, con la construcción de una imagen de la URSS como una potencia subversiva que buscaba desestabilizar los regímenes políticos existentes (Jeifets, 2016) y, por otro lado, con la aprobación de las herramientas político-jurídicas en muchos países que dificultaron la posibilidad de cualquier acercamiento con Moscú a largo plazo, incluso después de la desaparición de la *Comintern* (Cajas, 2000). Y aunque la mayoría de los países latinoamericanos terminaron siendo aliados de Moscú en la lucha contra la Alemania nazi y el Japón militarista durante la Segunda Guerra Mundial y permitieron el establecimiento de embajadas soviéticas, luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá en 1948<sup>6</sup>, casi todos los Gobiernos de la región rompieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En términos prácticos, el continente se cerró para Moscú.

La Revolución cubana de 1959, sucedió en un contexto diferente a los escenarios anteriores. Durante el período entre la segunda mitad de la década de 1920 y los últimos años de la del 1940, la ideología comunista y los esfuerzos dirigidos hacia el fortalecimiento de los movimientos del proletariado alrededor de todo el mundo eran los ejes de las políticas hacia América Latina patrocinadas por la URSS. En la década de 1960, es la lógica de bipolaridad la que incentiva a Moscú a considerar el triunfo de Fidel Castro como una oportunidad de oro para estar de vuelta a la región. En breve, para los tomadores de decisiones en el Kremlin, la Crisis de los Misiles, en 1962, evidenció que los Estados Unidos son extremadamente sensibles a la presencia soviética en el hemisferio occidental. Durante casi tres décadas, los líderes soviéticos estuvieron dispuestos a sostener Cuba como su país satélite y a mantener una base militar, con aproximadamente 6.000 soldados, en la cercanía geográfica al territorio estadounidense. Al mismo tiempo, guiado por la lógica del equilibrio de poder y la reciprocidad en el mundo bipolar, el Gobierno soviético no solo apoyaba –de manera directa e indirecta– los movimientos de la izquierda latinoamericana y caribeña, sino que construyó vínculos de interdependencia con otros regímenes que tenían nada o poco que ver con la ideología comunista, pero que permitieron a Moscú diversificar sus relaciones y contar con una presencia en los múltiples escenarios en la región, más allá de Cuba<sup>7</sup>.

Los últimos años de la Unión Soviética fueron marcados por una fuerte reducción de la presencia soviética en la región. El flujo comercial disminuyó drásticamente y muchos otros tipos de interacciones como, por ejemplo, la oferta de becas para estudios universitarios, se frenaron. Aparte de las dificultades para mantener altos niveles de importación desde América Latina debido a la escasez de divisas en monedas extranjeras como consecuencia de la caída de los precios del petróleo, el fin de la Guerra Fría dio lugar a que el último gobierno de la

URSS, a cargo de Michael Gorbachov, y el primer gobierno de la Rusia postsoviética, bajo el liderazgo de Boris Yeltsin, más que oponerse, buscaran colaborar con Occidente en temas clave de la agenda global. Desde esta perspectiva, a los ojos de Moscú, América Latina y el Caribe perdieron su valor estratégico de proximidad geográfica de la región con los Estados Unidos.

A principios de la década de 1990, quedó claro que los “rusos se habían ido”. No obstante, con la desaparición de la URSS, el legado soviético no se había desvanecido. La imagen de Moscú como una potencia antidemocrática que busca apoyar a los regímenes antiestadounidenses resultó ser muy resistente. Es por esta razón, tanto para los expertos como para el público en general, que el regreso de Rusia a la región iniciado desde la segunda mitad de los años noventa, pero que toma fuerza con la llegada a la presidencia rusa de Vladimir Putin en 2000, se percibió como un renacimiento de la antigua política soviética. Sin embargo, como se muestra en la siguiente parte de este ensayo, en realidad, la naturaleza del interés de la Rusia postsoviética en América Latina y el Caribe es muy distinta a los intereses que fueron basados en la ideología y en la lógica del equilibrio de poder en un mundo bipolar. Hoy en día, se puede hablar de una combinación de factores a corto, mediano y largo plazo que mantienen vivo el interés de las *élites* rusas hacia esta parte del mundo.

### **América Latina, el “extranjero cercano” estadounidense**

Cuando Vladimir Putin asumió el poder presidencial, una de las prioridades de su política exterior era la seguridad de las fronteras de Rusia con los países que anteriormente formaban parte de la Unión Soviética, llamados por los rusos el “extranjero cercano” (Tsygankov, 2019). Luego de la expansión de OTAN hacia el este en la década de 1990, y con un gran número de rusos étnicos que quedaron fuera de su país de pertenencia, Moscú estableció que su “extranjero cercano” es una región donde los intereses de Rusia deben ser tomados en consideración por todos los demás países. Después de una serie de “revoluciones de colores”<sup>8</sup>, el gobierno de Vladimir Putin llegó a creer que los Estados Unidos ignoraban los intereses rusos y promovían e incentivaban cambios de régimen. Una buena parte de la opinión pública en Rusia compartía este punto de vista. Por esta razón, la construcción de la imagen de una Rusia fuerte, que es capaz de proteger sus intereses y de llevar a cabo una acción recíproca, ocupó una parte central de la agenda política de Putin.

Hay que tener en cuenta que Putin estaba muy consciente de que Rusia no contaba con capacidades similares a las de la Unión Soviética para poder ejercer una influencia global al estilo soviético. Tampoco era algo que el presidente ruso quería implementar en el futuro: los altos costos para mantener los países satélites como Cuba fueron uno de los factores que contribuyeron al colapso soviético<sup>9</sup>. Al mismo tiempo, las acciones recíprocas simbólicas podrían apoyar la construcción de una nueva imagen de una Rusia fuerte que, bajo el liderazgo de Vladimir Putin, se transformara, nuevamente, en potencia.

En este contexto, América Latina sirve como un escenario perfecto para alcanzar la meta de mostrar una Rusia que “está levantándose de sus rodillas”. Por un lado, la mayoría de los rusos que votan en las elecciones pertenece a las generaciones que recuerdan la importancia que tenía la región para la Unión Soviética y su cercanía geográfica a los Estados Unidos. Por otro lado, sus conocimientos sobre las realidades que vive América Latina y el Caribe, en la actualidad, son bastante confusos.

Durante la crisis en Georgia en 2008<sup>10</sup> y en Ucrania en 2014<sup>11</sup>, tanto las *élites* como la opinión pública rusas se sintieron molestas por la presencia de la armada estadounidense en el mar Negro, en el mismo momento que ambos conflictos pasaron a una fase activa. Moscú rechazaba el apoyo abierto de Washington a Tbilisi (capital de Georgia) y Kyiv (capital de Ucrania). Desde esta perspectiva, el llamativo, pero breve cruce de espadas con Venezuela y Nicaragua puede explicarse por la reciprocidad simbólica. Por primera vez, Moscú envió sus aviones y sus barcos de guerra al hemisferio occidental, poco después de la terminación de la fase activa del conflicto ruso-georgiano de 2008, mientras que los signos de una mayor cooperación militar con Nicaragua y Venezuela coincidieron con el deterioro de la situación en Ucrania y la anexión de Crimea.

El incremento de las dinámicas de las visitas recíprocas de los altos funcionarios de los Gobierno ruso y de los latinoamericanos muestra coincidencias a las visitas de aviones militares y barcos de la armada rusa al hemisferio occidental. No hace falta decir que todos estos acontecimientos recibieron una extensa cobertura por parte de los medios de comunicación rusos. El objetivo se alcanzó en 2015, incluyeron a varios países de América Latina y a Cuba en la lista de los países más amigos de Rusia (Rouvinski, 2017).

Es necesario recalcar que tanto las *élites* rusas como la opinión pública en Rusia, están convencidas que América Latina sigue siendo una región de alta importancia para los Estados Unidos, de manera similar al “extranjero cercano” de las exrepúblicas de la Unión Soviética que sigue siendo relevante en términos de la política interna y exterior de Rusia.

Desde el comienzo de la más reciente crisis en Venezuela, a los ojos de los tomadores de decisión y los observadores rusos, la evolución del escenario de ese país sigue reafirmando el alto valor de la proximidad geográfica de América Latina a los Estados Unidos para los intereses rusos. Para las *élites* en Moscú, en 2019, por primera vez después del colapso de la Unión Soviética, Rusia logró obstaculizar el intento de Washington de cambiar un régimen político en un país que es aliado clave de Moscú en el hemisferio occidental. Gracias al pago por adelantado del petróleo venezolano, el apoyo del gobierno de Nicolás Maduro en la ONU, el envío del personal técnico-militar y la ayuda humanitaria, el Gobierno de Vladimir Putin logró desafiar el apoyo estadounidense para derrocar el régimen chavista. Desde la perspectiva rusa, después de 2019, los Estados Unidos ya no podían ignorar las actividades rusas en una zona sensible del “extranjero cercano” norteamericano y se sintieron obligados a negociar la situación en Venezuela con Vladimir Putin, reconociendo en Rusia un clave jugador en el juego estratégico (Rouvinski, 2019).

Los medios de comunicación rusos, controlados por el Gobierno, aumentaron su cobertura del escenario venezolano. Por ejemplo, el canal de televisión de mayor importancia política en Rusia, *Perviy Canal*, emitió, entre enero y octubre de 2019, 256 informes de noticias y programas de televisión relacionados con Venezuela. Además, si contamos el número de menciones en los programas de noticias y *talk shows*, *Perviy Canal* le prestó casi dos veces más atención a la nación sudamericana que, por ejemplo, a Bielorrusia, a pesar de la obvia relevancia de esta última para la política interna y la política exterior rusas (Rouvinski, 2020). Según los medios rusos, la razón de los problemas que vive Venezuela son un intento estadounidense de llevar a cabo una Revolución de colores, muy parecido a lo que ocurrió en Ucrania en 2014. En este contexto, el apoyo ruso al régimen de Maduro es perfectamente justificable desde la lógica de reciprocidad.

### **Más allá de lo simbólico**

Sería equivocado limitar el interés de la Rusia postsoviética a América Latina y el Caribe solo a la “reciprocidad simbólica” con los Estados Unidos. El hecho es que la composición de las *élites* políticas, intelectuales y del mundo de negocios rusos, casi no ha cambiado durante las dos décadas posteriores a la llegada de Vladimir Putin al tope del poder político en Rusia. Mientras estas personas no comparten una ideología común, como fue el caso del liderazgo soviético, sin embargo, tienen una comprensión común del pasado, presente y futuro de Rusia. Más importante aún, sus puntos de vista coinciden con las ideas de Vladimir Putin sobre lo que es adecuado para Rusia. Además,

la mayoría se conocen entre sí desde hace muchos años y asocian su bienestar personal con su permanencia en el círculo de poder. En este contexto, las relaciones ruso-latinoamericanas evidencian una búsqueda de opciones para el diseño de la política exterior de Moscú a mediano y largo plazo y pueden, incluso, ser consideradas como “estrategias piloto” si se trata, por ejemplo, de los temas del sector energético y comunicación estratégica.

En cuanto al sector energético, hasta marzo de 2020, uno de los promotores más visibles de los intereses rusos en la región era la empresa Rosneft<sup>12</sup>, dirigida por Igor Sechin, muy cercano a Vladimir Putin. Sechin forma parte de las elites rusas conocidas como *siloviki* (refiriendo a los órganos de gobierno encargados de las cuestiones de seguridad). Rosneft es considerada la pieza clave de la nueva arquitectura energética que Vladimir Putin está construyendo para sostener y expandir el papel de Rusia como proveedor global de energía. Luego de que Igor Sechin asumió el liderazgo de la empresa, Rosneft ha ampliado geográficamente sus operaciones para incluir veinticinco países y es una de las pocas compañías rusas capaces de implementar toda la gama de procesos tecnológicos necesarios, además de transportar y vender petróleo y gas.

En América Latina, y especialmente en Venezuela, Igor Sechin y varios otros expertos insisten en mantener y expandir la participación de Rusia en el sector energético, porque la presencia en el hemisferio occidental de estas empresas pertenecientes al sector energético se percibe como importante para el futuro de Rusia en su calidad de potencia energética global. En este contexto, mientras Rosneft se vio obligada a renunciar a su protagonismo en Venezuela bajo la presión de Washington, debido a que la empresa rusa resultó ser una herramienta muy efectiva para sostener el régimen de Nicolás Maduro durante la fase crucial de la lucha por el poder en ese país, el gobierno ruso adquirió los activos de Rosneft y los pasó a Roszarubezhneft, una nueva empresa con el 100 % del capital perteneciente al Estado ruso. Pero incluso antes de la operación de cambio del poseedor de los activos en el sector energético venezolano, en junio de 2019, el Gobierno ruso confirmó su apoyo a los proyectos en los campos de Patao y Mejillones, dos concesiones para la producción de gas a treinta años, otorgadas a Rusia en 2017 (Rouvinski, 2020). Es importante, también, tener en cuenta que Rosneft (y ahora Roszarubezhneft) no son las únicas empresas que buscan establecer un compromiso ruso a largo plazo en la región. En los últimos años, se destacan Rosatom y Gazprom que están llevando a cabo varios proyectos (Koval, Rouvinski, 2020).

En cuanto a la comunicación estratégica, la presencia de la televisión estatal rusa RT en español y el portal informativo (con su propio *podcast*) Sputnik Mundo han transformado, en los últimos años, el

mercado de la información de los medios extranjeros en América Latina y el Caribe. Según los periodistas latinoamericanos, de mayor reconocimiento, entrevistados por el autor de este ensayo, una de las claves que explica el éxito de RT es el hecho de que su programación para la región latinoamericana y caribeña incluye temas internacionales que son difíciles de encontrar en otras fuentes informativas y aquellos que se enfocan, específicamente, en la audiencia latinoamericana, algo que muchos de otros canales extranjeros no están realizando. Esta estrategia permite que el canal consiga nuevos televidentes que cualquier otro extranjero. Bajo el lema “Saber más”, RT está analizando las cuestiones de derechos humanos, crímenes de guerra y corrupción en Occidente, siguiendo las mismas líneas que la posición oficial del Kremlin. Es notable que RT también retrata a Rusia como un modelo político exitoso y alternativo a la democracia liberal.

RT en español se convirtió, en la actualidad, en una de las principales fuentes de información en la región, pues el canal está disponible en todos los países de América Latina y el Caribe: más de trescientos proveedores de televisión por cable lo ofrecen como un canal separado para sus suscriptores, y los programas seleccionados por este canal se retransmiten en otros, muchos de los cuales cuentan con cobertura nacional e internacional (por ejemplo, NTN24). En Argentina y Venezuela, RT está disponible a través de las redes públicas de televisión, mientras que muchas personas—sobre todo, los jóvenes—ven su programación gratuita en línea.

Para las *élites* rusas, la importancia del éxito de RT está muy clara: si bien Rusia no puede competir con Estados Unidos, Europa o China en términos de comercio e inversiones en América Latina, Moscú está ganando terreno en la batalla por las mentes de los latinoamericanos.

El siguiente asunto relevante para discutir, es el papel de la diplomacia interpersonal en el fomento de las relaciones rusas con América Latina y el Caribe. Cuando se comienza a analizar las dinámicas de las relaciones bilaterales de Rusia con varios países latinoamericanos, lo que más llama la atención es el número de acuerdos, tratados y protocolos firmados por los más altos funcionarios de los gobiernos y, en consecuencia, la existencia de un sinnúmero de comisiones bilaterales que celebran reuniones regulares tanto en Rusia como en el Nuevo Mundo<sup>13</sup>. En otras palabras, se trata de un escenario donde el papel de la diplomacia informal resulta crucial para la continuidad del interés de los tomadores de decisión en Rusia con respecto a la región. Ello también explica el alto número de visitas de los funcionarios de gobiernos y el hecho de que cada vez hay más personas para las cuales América Latina no es solo una parte del mapamundi, sino un espacio que tiene una conexión emocional que es difícil eliminar.

Y, por último, pero no menos importante, son las oportunidades para ganancias tangibles que surgen en el marco de las relaciones ruso-latinoamericanas. Con la excepción de las empresas del sector energético y del complejo militar-industrial rusas que lograron aumentar su presencia en los mercados de América Latina y el Caribe de manera sustancial, la trayectoria que han tenido otro tipo de negocios en esta parte del mundo, está lejos de ser considerada como una historia de éxito en comparación con otros escenarios. Sin embargo, para varios grupos empresariales cercanos al Gobierno ruso, los contratos con Latinoamérica trajeron ganancias que, en otras circunstancias, serían difíciles de obtener. Los ejemplos de este tipo de negocios son los contratos para suministrar trigo y medicamentos de primera necesidad a Venezuela que cayeron en manos de empresas vinculadas con las *élites* políticas de más alto nivel en Rusia (Rouvinski, 2020). Hubo, también, muchos casos de corrupción. Por ejemplo, el contrato para la construcción de una planta de rifles Kalashnikov en Venezuela que nunca se materializó, a pesar de que el país latinoamericano adelantó el pago de veinte millones de dólares (Rouvinski, 2019). En otro caso, hace más de diez años, fue anunciado el inicio de la construcción de viviendas, de interés social en Caracas, en asociación con una empresa conjunta de la Alcaldía de la ciudad de Moscú. La empresa encargada de la realización del proyecto recibió los primeros pagos y desapareció (Rouvinski, 2017).

## Observaciones finales

No cabe duda que Rusia está de regreso en la región de América Latina y el Caribe. No obstante, sus políticas no son réplicas de las soviéticas. Hoy en día, Moscú no tiene capacidad de realizar la misma estrategia de crear estados satélites en el hemisferio occidental como muestra el ejemplo de Cuba durante la Guerra Fría. Tampoco quiere hacerlo. La razón principal por la que el gobierno de Vladimir Putin decidió optar por estrategias alternativas, diferentes a las que implementaba la Unión Soviética, las cuales tienen que ver con el hecho de que las *élites* rusas están convencidas que pueden lograr sus objetivos de una manera diferente, que permite, además, contar con un mayor grado de flexibilidad y maleabilidad.

Para los tomadores de decisión en Moscú, el valor más importante de la región latinoamericana sigue siendo su cercanía geográfica a Estados Unidos. Sin embargo, la reciprocidad rusa es de carácter simbólica, más que un cálculo suma-cero, bajo la lógica del mundo bipolar de los tiempos de la histórica Guerra Fría. Las preferencias que tiene el Kremlin para apoyar a los regímenes abiertamente antiestadounidenses son una evidencia clara en este sentido y la razón por la cual se busca implementar las acciones simbólicas a través de una simbiosis entre

los ejecutores de la política y los medios de comunicación. Es probable que estas estrategias van a continuar, debido a que las *élites* rusas están convencidas que las tensiones con Estados Unidos van a persistir por un largo tiempo.

Como en otros casos de la política exterior rusa (Tsygankov, 2019), la comunicación estratégica dentro de la región obtiene cada vez mayor importancia y relevancia. El caso de RT en español y Sputnik Mundo ha sido un éxito si tomamos en consideración el aumento del número de sus seguidores en un tiempo *récord* y su omnipresencia en la región. A parte del impacto que tiene esta herramienta de la comunicación estratégica en las sociedades latinoamericanas y caribeñas, su estrategia informativa, probada en América Latina y el Caribe, puede ser utilizada por Moscú en otras partes del mundo.

Como indica Andrés Serbin (et al, 2018), uno de los retos más desafiantes para la región latinoamericana y caribeña es poseer un alto grado de vulnerabilidad frente a los cambios que provienen desde fuera de la región. En este contexto, el análisis de la evolución de las relaciones ruso-latinoamericanas permite no solo reducir el nivel de incertidumbre acerca de la naturaleza del interés de un actor extra-hemisférico que juega el rol de protagonista de los procesos de cambio en el orden mundial. Dicho análisis permite, también, identificar las oportunidades para los tomadores de decisión latinoamericanos, para realizar los ajustes en el diseño de las políticas exteriores de sus respectivos países y para poder aprovechar mejor las nuevas coyunturas del orden mundial.

## Notas

1. Desde 1996, los ministros de Relaciones Exteriores y otros altos funcionarios del gobierno ruso estuvieron visitando América Latina cada año. Hubo nueve visitas de los presidentes a varios países latinoamericanos y caribeños. Vladimir Putin estuvo en Venezuela (2010) y Dmitri Medvedev en Cuba (2019) en calidad de primeros ministros. En 2016, el Patriarca ruso Kiril se reunió con el papa Francisco en Cuba y visitó varios países de la región, adicionalmente a su arribo a la Antártida.
2. Con la excepción de Australia y Nueva Zelanda, América Latina es la región geográficamente más lejana para Rusia. No obstante, Moscú ha establecido relaciones diplomáticas con todos los países de América Latina y el Caribe. La región cuenta con dieciocho embajadas y tres consulados generales en quince estados, estando los embajadores rusos acreditados en más de un país. En Rusia, hay veinte embajadas latinoamericanas. Los ciudadanos de este país pueden viajar sin visa por

toda América Latina y el Caribe, es la única región del mundo donde los portadores de pasaportes rusos gozan de este privilegio (fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia, abril 2020).

3. En primer lugar, se trata de las empresas petroleras que tenían presencia en varios países latinoamericanos. Al mismo tiempo, después de un avance significativo, varias abandonaron la región –en primer lugar, las privadas–, dejando el protagonismo a la empresa Rosneft con vínculos estrechos con el Gobierno de Rusia (Rouvinski, 2015).
4. En la actualidad, el comercio ruso con los países de América Latina y el Caribe se estima en quince mil millones de dólares anualmente (Koval, Rouvinski, 2020).
5. Según los datos del Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI), las ventas de las armas a los clientes en América Latina y el Caribe llegaron a constituir hasta la quinta parte de todas las ventas de armas rusas al exterior, aunque no hay registros de nuevas comercializaciones a los países latinoamericanos y caribeños después de 2017. En la actualidad, casi cada una de las Fuerzas Armadas en la región cuenta con una parte significativa de su armamento producida en Rusia.
6. En 1948, el Gobierno de Colombia acusó al de Stalin de organizar el asesinato de Gaitán y de los disturbios conocidos como el “bogotazo”. Esto hechos, dieron inicio a la guerra civil en este país. Sin embargo, las evidencias y documentación disponibles no apoyan la versión del Gobierno colombiano (Braun, 1987).
7. Por ejemplo, en las décadas de 1970 y 1980, la Unión Soviética importaba cereales, trigo, carne y lana de Argentina (incluso cuando el país era dirigido por una Junta Militar); azúcar, pescado, soya, maíz, algodón y cacao de Brasil (aún cuando el país era dirigido por una Junta Militar); café de Costa Rica y Colombia; bananas de Ecuador; algodón y café de Nicaragua. En la década de 1980, las relaciones comerciales de la Unión Soviética con América Latina constituyeron hasta 40 % del total del comercio soviético con los países fuera del bloque occidental. Adicionalmente, la Unión Soviética estaba ofreciendo miles de becas para los estudios de pregrado y posgrado en las universidades soviéticas.
8. “Revoluciones de colores” es un término que se usa para identificar el cambio de regímenes políticos en exrepúblicas soviéticas como resultado de protestas populares. Muchos de los regímenes, que cayeron como consecuencia de las Revoluciones de colores, tenían vínculos estrechos con el Gobierno de Rusia.
9. Se estima que la ayuda de la Unión Soviética a Cuba era cerca de doce millones de dólares diarios.
10. En agosto de 2008, el presidente de Georgia, Mikhail Saakashvili, ordenó a sus tropas recuperar el control sobre los territorios separatistas

de Osetia del Sur donde estaban estacionadas tropas pacificadoras rusas. La guerra entre Rusia y Georgia duró cinco días y terminó con el reconocimiento de la independencia de las repúblicas separatistas de Osetia del Sur y Abjasia por Rusia, Nicaragua y Venezuela.

11. En Ucrania, las protestas masivas comenzaron en 2013, luego de rechazar el presidente Yanukovich la firma del acuerdo que buscaba un acercamiento de Ucrania con la Unión Europea. La negativa ocurrió después de la visita de Yanukovich a Rusia para reunirse con Vladimir Putin. En 2014, Yanukovich abandonó el poder presidencial y fue evacuado por los servicios especiales rusos a Rusia. Al mismo tiempo, en una operación relámpago, Moscú tomó el control de la península de Crimea, lo que fue rechazado por Ucrania y por el resto de la comunidad internacional.
12. Rosneft se considera la empresa pública más grande del mundo. Sus intereses están enfocados en petróleo y gas. Desde 2014, esta empresa estaba apoyando al régimen de Nicolás Maduro a través de la compra, por adelantado, de petróleo, así como inversiones directas en el sector energético de Venezuela. En el comienzo de 2020, los Estados Unidos introdujeron sanciones económicas contra la empresa y, en marzo de 2020, Rosneft anunció la venta del 100 % de sus activos en Venezuela a una nueva empresa estatal perteneciente al Gobierno ruso y su consecuente salida de este país sudamericano.
13. En el caso de Venezuela, por ejemplo, son alrededor de doscientos acuerdos y tratados firmados con Rusia.